

# El viaje rebelde de una minoría proletaria durante un breve periodo de tiempo - TPTG

La revuelta griega de diciembre de 2009 y su desarrollo posterior como aspectos de la crisis de las relaciones capitalistas en Grecia.

## ¿Una crisis histórica?

Desde mediados de la década de los 70 se ha dado en todo el mundo una crisis permanente en la reproducción de las relaciones capitalistas en todas sus formas (política, económica e ideológica). Tal como lo entendemos, esta crisis tiene dos aspectos: es una crisis de sobreacumulación de capital, es decir, de incapacidad, por parte de los capitalistas, de incrementar la tasa de explotación y reducir el coste del capital constante para así aumentar la tasa de beneficios exigida por una acumulación de capital creciente; al mismo tiempo, es una crisis de legitimidad, es decir, una crisis de las formas políticas e ideológicas que garantizaban la disciplina de la fuerza de trabajo. Podríamos hablar de la incapacidad del capital y su estado de proponer un nuevo modelo productivo/social global que reemplazaría al acuerdo keynesiano de posguerra, golpeado duramente por las luchas del proletariado planetario y las políticas capitalistas contra él.

Durante esta larga crisis de reproducción se han dado periodos de depresión cíclicos. El capital en general ha intentado lidiar con ellos de varios modos: cambiando el esquema global institucional y legal y el movimiento de capitales y “liberalizando” los mercados, promoviendo a través de la guerra una mezcla de neoliberalismo y keynesianismo, disminuyendo los salarios e institucionalizando la precarización del trabajo, llevando a cabo nuevos cercados, poniendo a las “clases peligrosas” bajo supervisión penal e/o integrándolas en el sistema crediticio a través de una política de “keynesianismo privatizado”.

A pesar de las recuperaciones temporales, el fracaso final de todas las estrategias y tácticas descritas arriba, destinadas a postergar el agravamiento de la crisis, ha convertido en el largo plazo esta crisis de reproducción en una crisis histórica, como muchos defienden.

Las últimas dos décadas, el capital y su estado han intentado superar la crisis de reproducción en Grecia a base de sucesivas reformas de la educación y el sistema de bienestar, estimulando la precarización de las relaciones laborales, con continuos intentos legales de disciplinar a los inmigrantes y controlar los flujos de inmigración, reduciendo las prestaciones sociales, los salarios y subsidios y sustituyéndolos por préstamos bancarios. Todas estas medidas dirigidas a la devaluación, el disciplinamiento y la división de la clase obrera y a que los trabajadores paguen el coste de reproducción de su fuerza de trabajo no han conseguido que el capital saque provecho de la crisis –a pesar de que entre mediados de los noventa y la primera década del siglo XXI, haya conseguido aumentar la tasa de explotación y expandir su rentabilidad.

En Grecia la crisis de reproducción se ha manifestado más explícitamente como una crisis de legitimidad de las relaciones capitalistas, ya sea mediante la crisis permanente de la educación los pasados 30 años (consultar nuestro texto acerca de la huelga de los profesores de educación primaria en 2006 y el movimiento estudiantil en 2006-07) o, mucho más, a través de la revuelta de diciembre. La revuelta fue una expresión clara de la rabia proletaria contra una vida que está siendo cada vez más devaluada, vigilada y alienada. Sin embargo, la crisis de diciembre no puede relacionarse directamente con la reciente depresión que comenzó a manifestarse en Grecia en septiembre de 2008.

## La revuelta: su composición de clase

No vamos a describir aquí rigurosamente todo lo ocurrido durante la revuelta, tal y como ya hemos hecho en otro lugar (ver <http://libcom.org/library/winter-thousand-decembers-tptgblaumachen>, traducido en <http://www.klinamen.org/article5893.html>). En lo que respecta a la composición de clase de la revuelta, ésta la componían desde estudiantes de instituto y universitarios a trabajadores jóvenes, precarios en su

mayoría, de distintos sectores como la educación, la construcción, el turismo y servicios de entretenimiento, transporte e, incluso, medios de comunicación. (Por supuesto, no es fácil distinguir a los estudiantes de los trabajadores precarios). Respecto a los trabajadores de fábrica, no hay una estimación precisa acerca de su participación individual en los disturbios, dado que no hay información proveniente de tales lugares de trabajo. Algunos de los estudiantes y trabajadores eran inmigrantes de segunda generación (sobre todo albaneses, aunque también había inmigrantes de otras nacionalidades). Algunos de los que participaron en los disturbios eran también hinchas de fútbol. Por último, pero no por ello menos importante, debemos mencionar la participación de “lumpen” proletarios, como por ejemplo yonquis, principalmente durante los primeros días de la revuelta. En general, fueron precisamente aquellos segmentos de la clase que han sufrido directamente la violencia de la vigilancia estatal y el deterioro de las condiciones laborales quienes participaron más activamente en la revuelta. Por otro lado, muchos trabajadores mayores que acaban de comenzar a sufrir la llamada “crisis financiera” (despidos, reducciones de salario, etc.) simpatizaron con la quema de bancos y edificios estatales, pero en su mayoría no participaron.

Sería interesante añadir que debido a la violencia de la multitud y a su variopinta composición, no fueron pocos los políticos (incluso algunos anarquistas organizados) que la encontraron demasiado “incontrolable” y se distanciaron de lo que ocurría, especialmente el tercer día de la revuelta, cuando la violencia alcanzó su pico.

El alto porcentaje de inmigrantes en la revuelta exige alguna explicación. El influjo de muchos inmigrantes balcánicos, especialmente albaneses, durante los pasados veinte años, ha cambiado considerablemente la composición de la clase obrera en Grecia. Al mismo tiempo, debido a la política de inmigración del estado capitalista griego, toda una generación de jóvenes inmigrantes, sobre todo albaneses, nacidos o criados en Grecia, no son considerados ciudadanos griegos. La legalización de todos los inmigrantes es algo indeseable porque, para el capital y su estado, los inmigrantes sólo son necesarios cuando constituyen una fuerza de trabajo insegura, barata y obediente. El llamado proceso de “legalización”, en Grecia y otros países, ha sido considerado durante mucho tiempo algo necesario para el capital y su estado porque de esta manera podían controlar y llevar la cuenta de los flujos de inmigración. Es por esto que incluso la segunda generación de inmigrantes no puede conseguir fácilmente una *green card*; por el contrario, deben demostrar cada cinco años como mucho su “capacidad” de estar y trabajar en el país y, por supuesto, no tienen derecho a votar. Ni que decir tiene que sus condiciones laborales son las peores, en lo concerniente a salarios y seguridad social. Pero a pesar del racismo, tanto social como estatal, la mayoría de los inmigrantes de segunda generación están bastante bien integrados, especialmente los albaneses, que constituyen la mayoría de la población inmigrante en general.

Los jóvenes albaneses de segunda generación se relacionaban muy bien con el resto de manifestantes nativos. Se sentían más “cómodos” participando junto a jóvenes proletarios griegos en los enfrentamientos contra los policías, en ataques a los edificios estatales y bancos y en los saqueos, que junto a otros inmigrantes, sobre todo asiáticos y africanos, que aún viven en sus comunidades étnicas marginadas y aisladas. Para estos era más fácil y menos arriesgado participar en los disturbios a través de los saqueos o frecuentando la ocupación abierta de la Universidad Técnica Nacional en el centro de Atenas, habitado por grandes comunidades asiáticas y africanas en áreas parecidas a los guetos; cuando comenzaron los disturbios cerca de “sus” barrios, esa fue la manera como “contribuyeron”. Estos inmigrantes recibieron el ataque más violento tanto de la policía como de la propaganda mediática. Eran presentados como “saqueadores” y “ladrones” y en algunos casos recibieron ataques a lo pogromo por parte de fascistas y policías de paisano.

## **La revuelta: su carácter y contenido**

Los rebeldes que se encontraron en las calles y las ocupaciones superaron temporalmente sus identidades y roles separados impuestos por la sociedad capitalista, dado que no se encontraron como trabajadores, universitarios, estudiantes de instituto o inmigrantes, sino como rebeldes. Puede que no todos utilizaran un

lenguaje proletario, que no todos fueran a la huelga, excepto los estudiantes de instituto y los universitarios, pero lo que realmente hicieron fue crear *comunidades proletarias de lucha* contra el estado y el capital. El carácter espontáneo e incontrolable de la revuelta se mostró precisamente por la falta de demandas políticas o económicas, por una completa negación de la política y el sindicalismo. Este demostró ser el punto fuerte de la revuelta: que no podía ser representada, cooptada o manipulada por mecanismos políticos que negociasen con el estado. Las organizaciones de la izquierda extraparlamentaria que participaron en la ocupación de la Facultad de Derecho trataron de imponer algunas demandas políticas (desde el desarme de los policías y la dimisión del gobierno hasta hipotecas a interés cero) pero se encontraron con oídos sordos.

Vamos a citar aquí parte del primer informe de la revuelta que escribimos a finales de enero:

A juzgar por las consignas y los ataques contra la policía, el sentimiento antipolicial fue dominante durante los días de la revuelta. La policía representaba al poder y, sobre todo, su brutalidad y arrogancia. Sin embargo, dado que eran símbolos de un cierto poder —el poder del dinero, el poder de imponer la explotación del trabajo y de profundizar las desigualdades de clase en la sociedad griega—, se atacaron, quemaron u ocuparon las grandes tiendas, los bancos y los edificios públicos (ayuntamientos, delegaciones del Gobierno, ministerios). Así pues, podríamos hablar de un sentimiento antipolicial, antiestatal y anticapitalista dominante y generalizado. Incluso los intelectuales izquierdistas reconocieron el elemento de clase de la revuelta y algunos periódicos burgueses admitieron que “la rabia de los jóvenes” no se expresaba sólo a causa de la violencia policial. Los policías eran la punta más visible y grosera de un iceberg formado por escándalos de corrupción en el Gobierno, un Estado policial -armado tras las Olimpiadas de 2004- que ni se lo piensa a la hora de disparar a sangre fría, un ataque continuo a los salarios, un aumento de los costes de reproducción de la clase obrera mediante la gradual demolición del anterior sistema sanitario y de pensiones, un deterioro de las condiciones laborales y un aumento de los trabajos precarios y el paro, una carga de exceso de trabajo impuesta a los estudiantes de instituto y universitarios, una destrucción tremenda de la naturaleza, y una fachada glamurosa consistente en objetos abstractos de deseo en los centros comerciales y los anuncios televisivos, que tan sólo pueden conseguirse a costa de endurecer la explotación y aumentar la ansiedad. Los primeros días de la revuelta casi se podían **oler** estas razones en el aire y por ello hubo un montón de textos, artículos y panfletos, escritos tanto por insurrectos como simpatizantes y “analistas”, que reconocían que había “algo más profundo”. Este “asunto más profundo” del que hablaba todo el mundo era la necesidad de superar el aislamiento individual de la vida real, comunal [gemeinwesen], un aislamiento creado por todas las razones históricas citadas arriba.

Seis meses más tarde, aún creemos importante poner el acento en este último punto porque muchos compañeros en el extranjero piensan que el movimiento tan sólo atacó a los policías y las instituciones de control — la “punta del iceberg”. La experiencia rebelde fue mucho más que eso. Fue la actividad *en común* de una emergente corriente subversiva subyacente que *sabe* que, al lado de la esfera de la producción inmediata, la escuela, la familia, el consumo, la política, la cárcel y la policía, *también* producen y reproducen las clases. La experiencia rebelde, la comunidad material de lucha contra la normalización — cuando un individuo desviado se convertía en el mediador de otro individuo desviado, un verdadero ser social- medió las emociones y el pensamiento y creó una esfera pública proletaria. Esta esfera abierta es el presupuesto necesario de un momento decisivo de la subversión social: la comunización de los medios de producción y las relaciones. Pero este momento decisivo, el punto de no retorno, nunca se alcanzó. Después de todo, este fue tan sólo el viaje rebelde de una minoría proletaria durante un breve periodo de tiempo, y no una revolución. Sin embargo, esta sensación de que había “algo más profundo” en todo esto, la idea de que los asuntos a los que se referían los rebeldes concernían a todo el mundo era tan predominante, que explica por sí sola la impotencia de los partidos de la oposición, las organizaciones izquierdistas e, incluso, algunas anarquistas como mencionamos arriba.

Dado que los estudiantes de instituto y universitarios fueron un sujeto tan significativo en la revuelta, deberíamos analizar con detenimiento la sobrecarga de trabajo que les ha sido impuesta. La educación, como la principal institución capitalista que da forma, cualifica y coloca la mercancía fuerza de trabajo en una división capitalista del trabajo en continuo desarrollo, se ha expandido en términos de población

estudiantil desde la década de los 60 en Grecia. Este desarrollo ha dado lugar a nuevas demandas “populares”, expectativas, oportunidades de movilidad social y “éxitos” individuales. También dio lugar a la acumulación de tensiones y contradicciones, frustraciones y “fracasos” individuales (también llamados “fracasos del sistema escolar”). La producción masiva de expectativas (y el correspondiente aumento de proletarios de cuello blanco y los nuevos estratos pequeño burgueses en los setenta y ochenta) causada por la democratización y la expansión de la educación provocó una crisis estructural inevitable en la división jerárquica del trabajo y una crisis de disciplina y sentido en la escuela; en otras palabras, una crisis de legitimidad que ha golpeado duramente la educación estatal. No importa el nombre que se le dé a esta crisis –“crisis de legitimidad”, “crisis en el papel de colocación selectiva de la educación”, “crisis de expectativas” o “crisis en la correspondencia de cualificaciones con las oportunidades de carrera”- la verdad es que la educación está seriamente sumida en una crisis y, tal como había demostrado el masivo movimiento estudiantil de 2006-2007, esta situación ha explotado. Es posible entender tanto el movimiento como la revuelta si los vemos como expresiones de la insatisfacción acumulada de toda una generación de jóvenes de la clase obrera desde las reformas de los noventa. Estas reformas sirvieron para imponer el trabajo intensivo en la escuela y en la esfera del trabajo asalariado. No consiguieron evitar que esta generación expresase su descontento con una vida cada vez más caracterizada por la inseguridad y el miedo. Estos jóvenes, al mismo tiempo, se rebelaban contra una actividad cotidiana que se parece a cualquier otro tipo de trabajo. Esta *revuelta contra el trabajo de estudio* recibió un impulso por un número considerable de estudiantes que ya sufrían directamente la explotación y alienación como trabajadores asalariados.

### **Algunas formas de organización que resultaron de la revuelta**

Desde el primer día, se ocuparon y utilizaron como “bases rojas” del movimiento tres universidades en el centro de Atenas. En ellas se organizaban acciones subversivas y podían refugiarse los rebeldes en caso de necesidad. Estas ocupaciones terminaron justo antes de Navidad. En comunicación directa con estas ocupaciones, fueron apareciendo gradualmente varias asambleas locales en algunos barrios, relacionadas con las ocupaciones de edificios públicos. Como dijimos en el mismo texto mencionado arriba:

En todas estas actividades, la novedad común era el intento de “abrir” la revuelta a los barrios. Estas asambleas se entendieron como “asambleas de lucha en el barrio” o “asambleas populares”, como se las llamó. En la mayoría de los casos, aparecieron distintas tendencias dentro de esta “apertura” social, especialmente a medida que la revuelta se iba calmando. Una tendencia quería organizar una comunidad de lucha que ampliase los asuntos de la revuelta, otra prefería un tipo de actividad más orientada a enfrentarse a los asuntos locales con un mayor asentamiento. Al comienzo, las asambleas parecían muy innovadoras y animadas. No había un procedimiento formal de toma de decisiones o regla de la mayoría y se fomentaban diferentes iniciativas. Sin embargo, a finales de enero, no prosperaron las ocupaciones de edificios –ya fueran públicos, sindicales o municipales- y no está claro si es posible que salga algún movimiento nuevo de esta práctica de corta duración.

[...]

En términos generales, hubo mucha comprensión e interés en los insurrectos pero poca participación activa por parte de la “población”.

Algunas de estas asambleas aún continúan pero con mucha menos gente, sobre todo activistas. Su principal interés actualmente es la expresión de solidaridad con los perseguidos por el estado y con los inmigrantes, la defensa de los espacios ocupados en la ciudad así como la organización de muchas actividades conectadas con las luchas actuales.

## La separación espectacular de la “lucha” armada

La necesidad de mediar políticamente la rabia proletaria, incluso si se trata de una mediación armada, no fue algo proveniente de la propia lucha sino que le fue impuesto desde fuera y a toro pasado. Al principio, se dieron dos ataques llevados a cabo por la llamada “vanguardia armada”, uno el 23 de diciembre, tras el pico de la revuelta, y otro el 5 de enero, cuando estaba en juego el resurgimiento de la revuelta. Desde un punto de vista proletario, incluso aunque estos ataques no fueran organizados por el mismo estado, el hecho de que después de un mes todos nosotros pasásemos a ser espectadores de aquellos “actos ejemplares”, que no habían sido parte de nuestra práctica colectiva, fue una derrota en sí mismo. La “vanguardia armada” elude admitir no sólo que no eran los primeros en atacar a la policía sino también que ninguna “vanguardia armada”, nunca y en ningún lugar, ha conseguido hacer desaparecer a la policía de las calles y hacer que los agentes de policía no se atrean por unos días a llevar consigo sus identidades oficiales; eluden admitir que eran sobrepasados por el movimiento. Alegando que hay “una necesidad de elevar el nivel” de la violencia, la llamada “vanguardia armada” intenta esencialmente disminuir el grado de la social y geográficamente difusas violencia proletaria y violación de la ley; son éstas los verdaderos enemigos de la “vanguardia revolucionaria” dentro del movimiento y siempre que tales prácticas continúen, ningún intervencionismo destinado a “elevar el nivel” de las cosas puede encontrar suelo fértil. Es aquí donde la lucha armada se alía con el estado: para ambos es una amenaza la continuación de la actividad subversiva proletaria, que los desafía.

La actividad subversiva proletaria en la revuelta se hizo con una victoria temporal pero no tan superficial: una insubordinación que debilitó la vigilancia y la seguridad del estado durante un mes y demostró que *podemos* cambiar las relaciones de poder. Esto fue posible dado que los rebeldes apuntaron a las relaciones sociales que están obligados a vivir, algo que ninguna “vanguardia armada” ha conseguido nunca.

Considerando el alcance y la intensidad de todo lo ocurrido en diciembre, el aparato represivo del estado se probó prácticamente débil. Dado que tienen que lidiar con una deslegitimización de las instituciones de control y no sólo con balas y granadas, la tristemente célebre tolerancia cero pasó a ser simple tolerancia hacia las actividades de los rebeldes. El contraataque estatal podría de hecho haber tenido éxito en enero, cuando hicieron uso de las operaciones de la “vanguardia armada”: primero, a nivel ideológico, al equiparar el asesinato estatal con el ataque a un agente antidisturbios y, por tanto, devolviéndole legitimidad a la policía y a la vigilancia estatal en general. En segundo lugar a nivel operativo, al intensificar su represión. Incluso sacaron provecho del lugar del ataque (Exarjia), que les permitía presentar la revuelta como una vendetta espectacular entre policías y “anarquistas”, como una grotesca y banal representación cuyo escenario era un gueto político.

A medida que se desvanecía la revuelta, hubo una notable proliferación de ataques a bancos y edificios estatales llevados a cabo por muchos grupos, que no pueden meterse en la misma categoría que las “hazañas” de la “vanguardia armada”, dado que la mayoría de ellos no reivindicaron estar por delante del movimiento (aunque no les faltó arrogancia y voluntarismo). Sin embargo, la vuelta de la “vanguardia armada” propiamente dicha con la ejecución de un agente antiterrorista a comienzos de junio, cuando se había debilitado incluso el recuerdo de la revuelta, ha dado al militarismo y a la escalada de violencia pura un pretexto para presentarse como una alternativa atractiva para una (¿pequeña?) parte de quienes participaron en la revuelta, a juzgar por la tolerancia política del medio antiautoritario hacia esta acción. La limitada composición de clase de la revuelta, su limitada extensión más allá de la deslegitimización de la vigilancia estatal y el debilitamiento gradual de muchos proyectos comunitarios en el centro y en los barrios –principalmente en Atenas– dieron lugar al surgimiento de un tipo separado de violencia ciega como caricatura peligrosa de “lucha” o, mejor dicho, como sustituto. A medida que ciertos sujetos importantes de la revuelta iban dejando la escena (estudiantes de instituto, universitarios e inmigrantes), su contenido social se hizo más y más débil y las identidades políticas se fortalecieron de nuevo, tal como era la norma anteriormente. La violencia de la “vanguardia armada” es sólo una de estas identidades políticas, incluso en su forma naif y nihilista, apareciendo en una era de crisis generalizada de reproducción en la que el estado y el capital son incapaces de ofrecer ningún tipo de “remedios” socialdemócratas para sanar las heridas de la

revuelta. No nos importa ahora la verdadera identidad de estos asesinos con su ridículo pero revelador nombre, “Secta Revolucionaria”; lo que nos importa es la tolerancia política que disfrutaron de algunos sectores, dado el hecho de que es la primera vez que en un texto escrito por una “vanguardia armada” griega no hay una pizca de la tradicional ideología leninista “por el pueblo” sino, en cambio, una sed de sangre nihilista y antisocial. La crisis del neoliberalismo como fase de la acumulación capitalista y la crisis de legitimidad parece dar lugar a una crisis más profunda (incluso a serias señales de descomposición social) y no señales de reactivación del reformismo. Incluso el reciente fracaso electoral del partido gobernante junto con el alto porcentaje de abstención (el mayor en la historia de un país excesivamente politizado como Grecia), que era un resultado indirecto de la crisis de legitimidad que la revuelta expresó y profundizó, no ha hecho que el estado conceda nada. Con todas sus limitaciones, la revuelta hizo aún más visibles que antes los límites de la integración capitalista. La consigna “comunismo o civilización capitalista” parece ahora más oportuna que nunca.

## **La revuelta, los lugares de trabajo y los sindicatos de base**

Para discutir las razones por las que la revuelta no se extendió a los lugares del trabajo asalariado –una cuestión preguntada a menudo por compañeros de fuera–, necesitamos primero analizar más ciertos sectores del proletariado. Según nuestro conocimiento empírico, aquellos trabajadores que pueden ser definidos como “trabajadores con trabajo estable” o no precarios tuvieron una participación muy limitada en la revuelta, si acaso participaron en ella. Para aquellos de este segmento de trabajadores que sí tomaron parte en la revuelta, intentar extenderla a sus lugares de trabajo habría significado dedicarse a montar huelgas salvajes fuera y contra los sindicatos, dado que la mayoría de las huelgas son convocadas y controladas por ellos, aunque su prestigio lleva mucho tiempo disminuyendo. Los últimos veinte años se han convocado muchas huelgas en el sector público (educación, servicios públicos, algunos ministerios). Estas luchas pasadas han revelado que los trabajadores no son capaces de crear formas autónomas de organización ni de dotar a sus movilizaciones de nuevos contenidos más allá de las demandas sindicalistas. En cuanto a las ocupaciones de los lugares de trabajo, tales actividades sólo han tenido lugar en luchas defensivas contra cierres o deslocalizaciones, sobre todo en fábricas textiles. Pero incluso esas luchas que se han dado los últimos años, como la mayoría de las huelgas, no han logrado ni de lejos la satisfacción de sus demandas. Además de todo esto, el capitalismo en Grecia se caracteriza por una escasa concentración de capital, con muchas empresas pequeñas donde son empleadas incluso menos de diez personas y donde apenas existe algún tipo de sindicalismo. Uno de los principales sujetos de la revuelta, esto es, los trabajadores precarios, que sobre todo trabajan en lugares así, no los consideran terreno de poder y movilización proletarios y en la mayoría de los casos no están apegados a su trabajo. Es posible que fuera precisamente su incapacidad e incluso falta de voluntad de movilizarse allí lo que hizo que los jóvenes precarios tomaran las calles. Es más, como dijimos antes, esta primera *revuelta urbana* en Grecia fue, como todas las revueltas urbanas modernas, una violenta erupción de *deslegitimización* de las instituciones capitalistas de control y, lo que es más, una corta experiencia de *vida comunitaria contra las separaciones y fuera de los lugares de trabajo* –con la notable excepción de las universidades y el municipio de Agios Dimitrios. En el caso de los trabajadores precarios, extender la revuelta a sus lugares de trabajo habría implicado huelgas salvajes y ocupaciones y nada más. Ciertamente, dadas las posibilidades prácticas y su disposición subjetiva, tal extensión era tan imposible como indeseable.

Sin embargo, muchos rebeldes se percataron de estos límites e intentaron dar el salto. La ocupación de la sede de la Confederación General del Trabajo de Grecia (GSEE) provenía de esta necesidad tanto como de la necesidad de minar la presentación de la revuelta por parte de los medios como una “protesta juvenil a costa de los intereses de los trabajadores”. Además, ofrecía una oportunidad para exponer el rol de la propia GSEE en la revuelta. La iniciativa partió de algunos miembros de las bases del sindicato de base de mensajeros que son sobre todo antiautoritarios. Sin embargo, durante la ocupación quedó claro que incluso la versión de base del sindicalismo no tenía nada que hacer con la revuelta. Hubo dos, aunque no muy

claras, tendencias incluso en la asamblea preparatoria: una sindicalista-obrera y otra proletaria. Para los miembros de la primera, la ocupación debería tener un carácter “obrero” distintivo, opuesto al llamado carácter juvenil o “metropolitano” de la revuelta, mientras que los de la segunda la veían tan sólo como un momento de la revuelta, como una oportunidad de atacar una institución más del control capitalista y como punto de encuentro de estudiantes de instituto, universitarios, parados, trabajadores asalariados e inmigrantes, esto es, como una comunidad de lucha más en el contexto de la tensión general. De hecho, la tendencia sindicalista-obrera trató de utilizar la ocupación más como un instrumento al servicio del sindicato arriba mencionado y la idea de un sindicalismo de base independiente de influencias políticas en general. Esto no funcionó. Esta es la razón por la que algunos se quedaron sólo dos días.

En lo que respecta al resto de sindicatos “independientes” de izquierdas, las cosas fueron incluso peor. Tan sólo hubo una asamblea de sindicalistas en la Facultad de Derecho el 10 de diciembre, cuando muchos burócratas de izquierdas ponían el acento en la necesidad de una “perspectiva política” en la revuelta, es decir, una mediación política y sindical expresada en una lista de demandas principalmente populista. Rechazaban toda propuesta de formas de acción violentas y llamaban pomposamente a formar asambleas generales extraordinarias y a la agitación en los lugares de trabajo para convocar una huelga general una semana más tarde –no es necesario decir que ni siquiera se intentó llevar a cabo del estilo.

En enero los trabajadores de los medios de comunicación que habían participado activamente en la revuelta ocuparon las oficinas del sindicato corporativo de periodistas. El Sindicato de Editores de Periódicos Diarios de Atenas (ESIEA) es el principal sindicato de periodistas en Grecia. Está compuesto de periodistas pertenecientes a los principales periódicos atenienses, muchos de los cuales son al mismo tiempo empresarios, ya que son productores de televisión o poseen periódicos, mientras que excluye a aquellos periodistas que trabajan con contratos precarios o son contratados como “freelance”. La ocupación del ESIEA se centró en dos asuntos: el primero eran las relaciones laborales y la precariedad generalizada en la industria de la comunicación, así como la forma fragmentada de organización sindical de los trabajadores de esta industria; la segunda era el control de la información por parte de los medios oficiales, la manera de “cubrir” la revuelta y cómo el movimiento podía llevar a cabo la contransformación.

Tras el final de la ocupación, la misma gente creó una asamblea de trabajadores de comunicación, estudiantes y desempleados que organizaron una serie de acciones en varios lugares de trabajo contra los despidos o intentos de despidos y “cubrieron” manifestaciones y otras actividades del movimiento, de un modo contrario a la propaganda dominante. Muchos miembros de esta asamblea son antiguos estudiantes de la Facultad de Medios y Comunicación y tomaron parte en el movimiento estudiantil contra la reforma universitaria en 2006-07, mientras que algunos de ellos años antes habían intentado crear un nuevo sindicato que incluyera a todos los trabajadores de la industria de la comunicación. Justo ahora los trabajadores de esta industria están organizados en 15 grupos diferentes (fotógrafos, periodistas, cámaras, oficinistas, etc.). La idea es crear un sindicato que incluya a todos los trabajadores, sin importar su puesto, desde el personal de limpieza a los periodistas, y su contrato laboral, desde jornada completa a “freelance”. Recientemente intentaron coordinar su actividad con la de los trabajadores despedidos del periódico “Eleftheros Typos”.

El 22 de diciembre, en Petralona, un viejo barrio obrero de la ciudad de Atenas, una limpiadora inmigrante búlgara, Konstantina Kuneva, la Secretaria General del Sindicato de Celadores (PEKOP-Sindicato de Celadores y Personal de Servicio Doméstico de toda el Ática), fue víctima de un ataque realizado por sicarios de los jefes, con ácido sulfúrico, cuando volvía a casa de donde trabaja, una estación de tren del servicio público ISAP (Trenes Eléctricos Atenas-Pireo). Fue herida de gravedad. Perdió el uso de un ojo y de sus cuerdas vocales y aún está ingresada en el hospital. Merece la pena mencionar que ella también había visitado la ocupación de la GSEE dado que sus actividades previas la habían llevado a un enfrentamiento con la cúpula de la burocracia de la confederación. El ataque a Konstantina tuvo lugar un par de días después del final de la ocupación y fue una de las razones de tal movilización de gente sin precedentes. Tras el ataque, se formó una “asamblea solidaria” que organizó una serie de acciones a base de tácticas de acción directa (ocupación de las oficinas centrales de la ISAP, sabotaje a las máquinas de billetes para que los usuarios pudieran viajar gratis, manifestaciones). La asamblea, a pesar de sus divisiones internas, jugó un papel crucial a la hora de animar a un sorprendente movimiento de solidario que creció por toda Grecia

exigiendo no sólo la persecución de los matones y los instigadores sino también la abolición de la subcontratación. Deberíamos añadir aquí que la externalización de los servicios de limpieza se ha convertido en la norma para las empresas del sector público y estas empresas han dejado de contratar limpiadores directamente. Los contratistas son ahora empleadores de miles de celadores, sobre todo mujeres inmigrantes, que limpian cientos de lugares públicos, hospitales, estaciones ferroviarias, escuelas, universidades y otros edificios públicos. Sin embargo, respecto al carácter del trabajo en el sector de la limpieza, siempre ha sido precario y hasta hace poco era considerado normal y natural que una mujer fuese celadora o trabajadora de servicio doméstico. Es más, al igualar la subcontratación o la precariedad con la “esclavitud”, la mayoría de este movimiento solidario, compuesto sobre todo por activistas izquierdistas, trata de identificar ciertas luchas contra la precariedad –una de las principales formas de reestructuración capitalista en este momento histórico- con *demandas políticas generales* de contenido socialdemócrata, que tratan al estado como un empleador “fiable” y preferible a las subcontratas privadas y, por tanto, dejando a un lado la cuestión de la abolición del trabajo asalariado *per se*.

## **La depresión en números, las estrategias del estado y la clase**

Como dijimos al comienzo, en Grecia las señales de la depresión han sido más evidentes desde el año pasado. A fin de hacernos una idea más clara de cuáles son estos signos y las consecuencias de la fase más reciente de la crisis, son necesarios algunos datos sobre la situación de la clase obrera.

De acuerdo con Eurostat, es Grecia el país con una proporción mayor de personas viviendo en hogares con el pago de la hipoteca atrasado. Según un estudio del Banco de Grecia en 2007, 6 de cada 10 hogares griegos se han atrasado en el pago de la hipoteca, 7 de cada 10 con préstamos al consumo y 1 de cada 2 con la tarjeta de crédito. Aparte del crédito, 7 de cada 10 hogares se han atrasado en el pago del alquiler y 6 de cada 10 en el pago de las facturas de la luz, el agua y/o el gas. La cantidad de hogares bajo crédito excede el 51%, lo que significa que 2,15 millones están atados a algún tipo de crédito. Así pues, está claro que el recurso del crédito ha comenzado a alcanzar su límite. En lo que concierne a los salarios y el desempleo, los índices también son reveladores. El 50% de los asalariados reciben menos de 1030 euros brutos. El salario mínimo en Grecia es el más bajo de Europa Occidental (50% de la UE-15). El desempleo juvenil alcanzó el 25,7% en 2008 y en lo que respecta a las mujeres, son las europeas más afectadas por el paro. Unos 800.000 trabajadores forman parte de la llamada generación 500 euros. 300.000 de ellos son “freelance”, 295.000 trabajan a tiempo parcial, 180.000 estaban oficialmente desempleados en 2008 y se espera que 80.000 personas se unan a los programas estatales (trabajos extremadamente mal pagados en el sector público o privado sin seguridad social y que supuestamente ofrecen formación) en los años 2008-09.

El primer cuarto de 2009, la tasa de crecimiento en Grecia se situaba poco por encima de cero debido a una disminución en la inversión de capital privado, y se estabilizó mediante inversiones estatales. Debido a la depresión, han sido despedidas 160.000 personas como resultado de reducciones de plantilla, y se espera que este número aumente a 300.000 principalmente en las empresas pequeñas y muy pequeñas.

En algunos sectores la situación actual es la que sigue:

En el comercio marítimo, un montón de marineros no han recibido su paga y sus salarios serán congelados. Los trabajadores del sector público también tendrán sus salarios congelados. En la industria y el textil en particular, son cada vez más frecuentes las reducciones de plantilla o de jornada con menor salario y retrasos en el pago. En el sector de la construcción hay una tasa muy alta de desempleo y se ha dado un descenso del 17% en la producción. El turismo, el sector con más peso en el PNB, ya ha sido golpeado con altas tasas de desempleo y una caída del 9% en la llegada de turistas.

Aunque la situación es ciertamente sombría, las reacciones de los trabajadores han sido menos que moderadas y ciertamente demasiado débiles para contraatacar a la reestructuración capitalista. Ha habido bastantes pocas movilizaciones en respuesta a los despidos masivos, el retraso en los pagos o el cierre de empresas, principalmente huelgas cortas o paros en algunas fábricas. Las pocas ocupaciones de fábricas o empresas (una fábrica de papel, una compañía de telecomunicaciones y una planta de muebles) quedaron aisladas y no entablaron contacto con otros trabajadores despedidos; por el contrario, se prefiere la senda



de los acuerdos bilaterales entre los trabajadores y la empresa o el Ministerio de Trabajo. Parece que en la mayoría de los casos la gestión de la depresión/reestructuración es el patrón estándar: mientras que los trabajadores precarios son simplemente despedidos, aquellos trabajadores mayores se resignan y esperan un retiro temprano. Por tanto, los despidos masivos no se hacen visibles siempre que el estado “garantice” estos gastos sociales ahora para más tarde anunciar de nuevo el “colapso del sistema de seguridad social” – un recurrente lema estatal durante los últimos veinte años- lo que acarrearía “nuevos sacrificios” y demás. Sin embargo, tal truco puede ser valioso para el estado en este momento, dado que puede ganar tiempo y posponer una explosión generalizada. ¿Pero por cuánto tiempo? ¿Y cuántos pueden quedar satisfechos con tales maniobras?

De hecho, mientras que la depresión/reestructuración se profundiza y el capital y el estado reducen los salarios directos e indirectos a la vez que aumentan la precariedad y los despidos, se entran en un círculo vicioso a través del cual se ven forzados a dejar que la crisis de legitimidad se haga más profunda. Al mismo tiempo, dado que la “guerra contra el terrorismo” continúa, intentando tratar violentamente los problemas acumulados de la fase anterior de desregulación y guerra neoliberal, el estado griego, con tropas en Asia central, se encuentra actualmente “invadido” por flujos de refugiados y que él mismo ha contribuido a crear. Afrontando la pesadilla de un nuevo diciembre, más duro esta vez a medida que la crisis se prolonga, y con las indeseables masas de miles de “proletarios sobrantes” de Asia y África, sólo tiene una carta que poner sobre la mesa: ¡el fortalecimiento de sus mecanismos represivos que provocaron la revuelta de diciembre y crearon una peligrosa mezcla de violentos nativos e inmigrantes en primer lugar! Sin embargo, su recurso a la disciplina y la intensificación del dogma de la tolerancia cero es ineludible dado que ya no quedan más estrategias socialdemócratas para extender la reproducción del proletariado. Vender “seguridad” a los nativos contra los extranjeros “invasores” empleados como chivo expiatorio, ha sido la única “oferta social” por parte del estado. De hecho, hay nuevas divisiones en agenda a través de la creación de nuevos “enemigos del pueblo” y “terrores morales”.

A comienzos de marzo, después de muriera un policía durante un atraco a mano armada, muchos policías de alto rango alertaron del rápido aumento de robos armados desde enero (casi 40 al mes), y los atribuían tanto a la liberación de muchos convictos –una medida tomada para reducir la congestión en las cárceles-, como al “desorden” causado en diciembre.

Fue entonces cuando se comenzó a discutir el lanzamiento de nuevas leyes represivas. En primer lugar, a fin de “proteger el prestigio policial”, se puso en práctica una antigua legislación, introducida durante la dictadura en los años 30, contra el delito de “ofensa a la autoridad”. La famosa consigna de la revuelta, “Policías, asesinos, cerdos”, puede suponer una pena de dos años de cárcel. Una segunda legislación cuyo objetivo son los rebeldes de diciembre se refiere a la “falsificación de los propios rasgos faciales”, es decir, queda prácticamente prohibido el empleo de capuchas. Junto con la formación de nuevas fuerzas policiales y más patrullas regulares, estos actos van dirigidos a contraatacar a los símbolos favoritos de la revuelta. La demonización de los “encapuchados”, empezando por los antiautoritarios y anarquistas, aumenta la separación dentro de los rebeldes y entre los rebeldes y el resto de proletarios que permanecieron pasivos durante la revuelta. Si las multas impuestas no fueran tan serias, ¡a uno podría incluso provocarle la risa el furioso esfuerzo del estado por lidiar con una revuelta social al nivel de sus consignas y su vestimenta!

Explotando la sensación general de inseguridad social que la propia crisis capitalista ha creado, el segundo “enemigo” fabricado por el estado son los refugiados e inmigrantes ilegales que se asfixian en los “guetos híbridos” de Atenas. Los mecanismos de represión saben bien que una gran parte de la multitud rebelde que tomó las calles de Atenas aquellos días y noches de diciembre y de nuevo en mayo durante unos disturbios a pequeña escala protagonizados por musulmanes estaba formada por inmigrantes de los barrios cercanos. Este “gueto”, principalmente situado en el centro histórico de la ciudad, recuerda a los guetos americanos, en aspectos como la “segregación vertical” entre los habitantes, en otras palabras, un carácter social no uniforme, o las políticas de “disminución planificada”. Recuerda también a los barrios obreros del oeste de Europa, en aspectos como la mezcla multirracial/étnica. Las similitudes arriba mencionadas o, mejor dicho, analogías, deberían ser tratadas con precaución, especialmente debido a las diferencias a gran escala. Un aluvión mediático de artículos apasionados y reportajes televisivos directos al corazón, enfocados en la degradación ambiental y financiera de los barrios del centro, principalmente relacionada con el alojamiento incontrolado/desorganizado de miles de inmigrantes ilegales, la presencia de yonquis,

prostitutas y otros lumpenproletarios, marcó la primera fase de esta nueva guerra. Hay que mencionar que este aluvión mediático había comenzado algo antes del levantamiento de diciembre.

La segunda fase fue mucho más directa y violenta. Los ataques físicos a inmigrantes y a quienes les apoyan por parte de miembros de un grupo neonazi fueron acompañados de detenciones masivas que dieron lugar a encarcelamientos y deportaciones. Las asambleas locales de “ciudadanos indignados” derechistas y comerciantes pequeñoburgueses, organizados por el único partido de ultraderecha en el parlamento, han protestado contra la presencia de inmigrantes en sus barrios e incluso han recurrido a la acción directa contra ellos, como en el bloqueo de un patio de juegos local, donde solían jugar montones de hijos de inmigrantes mientras sus padres paseaban alrededor. Además, bajo el pretexto de “protección de la salud pública”, han sido registrados muchos edificios viejos y/o abandonados del centro donde se alojan miles de inmigrantes y se han llevado a cabo órdenes de evacuación. Aquí, las constantes “operaciones de limpieza” contra los inmigrantes y “lumpens” del centro de Atenas, deben ser vistas como un esfuerzo por aburguesar aquellas áreas del “centro histórico” que se mantienen “subdesarrolladas” y se resisten a convertirse en áreas museo, caras y estériles, como en la mayoría de las ciudades de Europa Occidental.

Aparte de todo esto, el gobierno griego también ha anunciado que planea construir 11 “campos de concentración” por todo el país, parecidos a los ya establecidos en Italia, donde esperarán su deportación los inmigrantes detenidos. Recientemente, se ha aprobado una nueva legislación según la cual el tiempo de detención de inmigrantes ilegales antes de su deportación aumenta de 6 a 12 meses y cualquier extranjero con cargos delictivos y una pena de cárcel de tres meses o más puede ser deportado inmediatamente, calificado como “peligroso para el orden público y la seguridad”.

El reciente discurso del primer ministro griego, que relacionó la “delincuencia” con los inmigrantes “ilegales” y los “encapuchados”, apunta a una continuación de la gestión neoliberal —ya fracasada— de la crisis; la reinención y demonización de las “clases peligrosas” como arma para una mayor división y disciplina del proletariado a fin de que acepte el deterioro de sus condiciones de vida por la reestructuración. Sin embargo, la lista de “delincuentes” podría ampliarse peligrosamente e incluir en un futuro cercano a aquellos que simplemente “simpatizaron” con los rebeldes en diciembre. Dado que el “contrato social” se ha puesto en peligro y no hay vuelta a las anteriores estrategias socialdemócratas a ojos vista, la relación social capitalista no puede ser reproducida adecuadamente y quizás aquellos “simpatizantes” tendrán un millón de razones para probar que son justos los temores de los jefes del mundo acerca de la revuelta de diciembre como el preludio de una explosión proletaria generalizada en el transcurso de la crisis global de reproducción.

30/6/2009,

**TPTG**

Traducción: **Editorial Klinamen**